

Las serpientes de cascabel son las compañeras de los hechiceros á quienes procuran encontrar para conversar con ellos. Habiendo matado una vez un mexicano una de dichas culebras, causó grandísimo disgusto á un indio que aseguraba que no tenía ya quien le cuidase su casa, porque la víbora era su protectora.

Hay la creencia de que habitan en los ríos grandes serpientes, visibles únicamente de los sacerdotes, y que tienen las tales cuernos y grandes ojos.

La libélula no produce ningún ruido al volar, por lo que se dice que no canta.

Tata Dios puso en el mundo las ovejas que son buenos animales porque dan lana para hacer frazadas, tienen muy buena carne y no lloran cuando las matan; pero las cabras fueron dadas al mundo por el diablo: su pelo no sirve para nada, su carne es mala y gritan mucho cuando las matan.

## CAPÍTULO XVII

LOS SABIOS DE LA TRIBU—DOBLE PAPEL DE CURANDEROS Y SACERDOTES  
—DAÑOS CAUSADOS CON LA MIRADA Y CON EL PENSAMIENTO—  
HOMBRES Y COSAS DEBEN CURARSE—NADIE SE SIENTE BIEN SIN  
SU "DOCTOR"—HECHICERÍA—EL MAL ES TAN PODEROSO COMO EL  
BIEN—NOTABLE CURACIÓN DE LA MORDEDURA DE VÍBORA—  
TREPANACIÓN ENTRE LOS ANTIGUOS TARAHUMARES.

SIN su adivino, el tarahumar se consideraría perdido en esta vida y en la otra, pues que en aquél se reúnen su sacerdote y su médico. Él practica todas las ceremonias y dirige cuantas danzas y fiestas son propicias para los dioses, y adecuadas para evitar el mal, encargándose personalmente de todos los cantos, oraciones y sacrificios. Por estos medios y enseñando al pueblo lo que debe hacer para lograr que llueva y obtener otros beneficios, conserva la benevolencia de los dioses aplacando el celo y mala voluntad que sienten por los hombres. Libra asimismo á éstos de brujerías, enfermedades y otros daños que les sobrevengan, y aun estando dormido, se mantiene vigilante y en actividad como si estuviese despierto. Aunque el tarahumar se enferma por excepción, considera que no está nunca de más el ser precavido, por lo que siempre tiene su médico encargado de curarle, no sólo para que le fortifique el cuerpo haciéndolo resistente á toda enfermedad, sino para resguardarlo especialmente de cualquier maleficio, que es lo que causa mayor preocupación á los indios. Grande es por lo mismo la demanda de sabios, pero éstos no escasean en modo alguno. En el pueblecillo de Nararachic y ranchos circunvecinos, por ejemplo, donde habrá unas ciento ochenta familias, viven veinti-



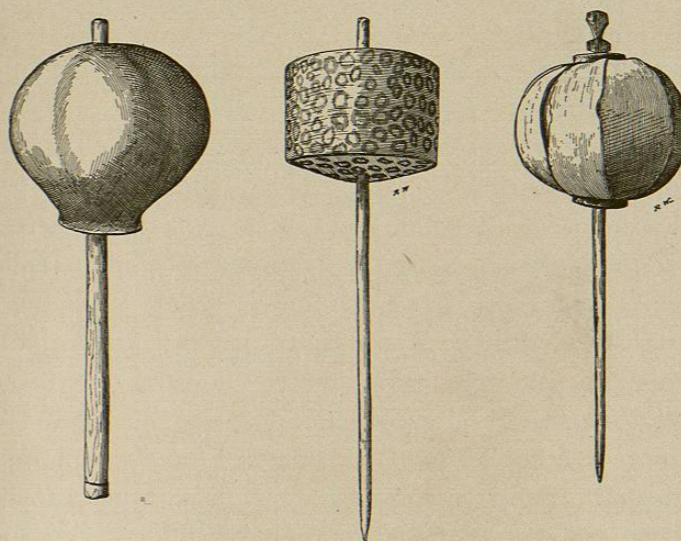
cinco de ellos teniendo cada uno á su cuidado como veinte almas, bien que los que gozan de mayor reputación en la comarca, no pasan de diez.

Para que un hombre pueda considerarse con tal virtud, debe ser examinado por un "cuerpo" de reputados profesionales que lo declaren competente para ingresar en sus filas.

Estos sacerdotes-doctores tienen sus especialidades. Algunos cantan sólo en las danzas de *rutuburi* ó *yumari*; otros únicamente en las fiestas del jículi. Los hay que no cantan y sólo se dedican á curar, pero la gran mayoría de ellos cantan en las fiestas. Á los que se dedican especialmente al culto del peyote, se les tiene por los mejores curanderos. Todos ayunan y oran concienzudamente, obedeciendo la voluntad de los dioses, que imponen restricciones y abstinencia, y por ello se les llama "hombres rectos" (*owirúami*). Son los sabios de la tribu, los que hacen llover, los que curan y conservan la herencia común de conocimientos y tradiciones que les presta poderosa influencia sobre los demás.

Como nunca dan gratuitamente sus servicios, utilizan lo que reciben por cantar en las fiestas y curar los enfermos, para vivir mejor que los otros. Cuando alguno tiene hambre, acude á cualquiera de sus clientes para curar á la familia, recibiendo en pago los alimentos que necesita, pues si muriera por falta de éstos, cargaría el diablo con los culpables. Por lo tanto, se le da lo mejor del animal sacrificado para la fiesta y todo el tescüino que quiere. En invierno, época de numerosas fiestas, los sabios están casi continuamente bajo la influencia de los estimulantes nativos, lo que no parece causarles el menor daño ni disminuir la estimación en que se tiene la eficacia de sus cantos, pues su virtud curativa no se debilita, aunque apenas pueda el hombre tenerse en pie. Es asimismo condición de su carácter el ser pacíficos y no armar camorra en las fiestas.

Los cantantes tienen invariablemente un instrumento musical primitivo, la sonaja, con la que marcan el tiempo al cantar y bailar, y que ordinariamente consiste en un guajillo con pedrezuelas, montado en una varilla corta que le sirve de mango. Lo hacen también pegando toscas tirillas de madera, que decoran á menudo con manchitas rojas ú otras pinturas semejantes. Á veces también se adornan la cabeza, para bailar, con plumas, las cuales in-



Sonajas de los sacerdotes tarahumares. Longitud de la mayor, 31.5 cm.

dican la virtud que se atribuye á las aves de comunicar por medio de su plumaje todo cuanto saben, y se las considera además propias para impedir que el aire entre en el cuerpo del sacerdote causándole algún mal.

En ocasiones, hacen uso de medios racionales para curar. Hay, por ejemplo, en los alrededores de Norogachic la costumbre de emplear una especie de baño de vapor que se dispone practicando en el suelo un hoyo suficientemente grande para que dentro pueda sentarse un hombre, y poniendo allí varias piedras calientes que se riegan con



agua y se cubren con ramas de fragante cedro. Se atribuye virtud curativa al vapor que se desprende.

Conocen los indios varias excelentes yerbas medicinales. El *palo amarillo* es una especie de remedio casero muy usado por las familias, y hay asimismo muchas otras yerbas y árboles que gozan de grande estimación, algunos de los cuales despiden un olor en extremo refrescante y vigorizador. Se cura la jaqueca con una yerba verde llamada *pachoco* que debe olerse hasta que se comienza á estornudar. Para curar la constipación ponen á hervir *ari* con un grano de sal, ó calientan piedras y las riegan de agua para sentarse en ellas á recibir el vapor.

Tanto el sagrado cacto llamado jículi como el maguey tienen indudablemente propiedades medicinales, pero queda oscurecido su valor terapéutico por los numerosos ritos y ceremonias con que se relaciona la administración de ambos remedios, especialmente del primero. La fuerza curativa del tesgüino se considera mágica, por lo que es el remedio á que más comunmente se recurre. Para administrarlo, procede el médico á practicar sus pases de costumbre y á soplar sobre el paciente á fin de alejarle la enfermedad. Sumerge también en el licor una crucecita con cuyo extremo húmedo da golpecillos en la cabeza, cuello, hombros y espalda del enfermo, y le dibuja cruces sobre los brazos. Se dan, por último, al enfermo tres cucharadas de tesgüino, y al mismo tiempo, todos los miembros de la familia, en pie á su rededor, murmuran en señal de aprobación: "Gracias, gracias." Á veces se usa el tesgüino exclusivamente para curar con ayuda de dos pequeñas cruces, la una de madera de brasil, y la otra de pino blanco. El curandero, si lo prefiere, puede producir una enfermedad en vez de reprimirla, pero no curar á la persona á quien ha enfermado.

Cuando á un sabio se le pide que cure á alguien de cualquier dolencia, real ó imaginaria, lo primero que hace

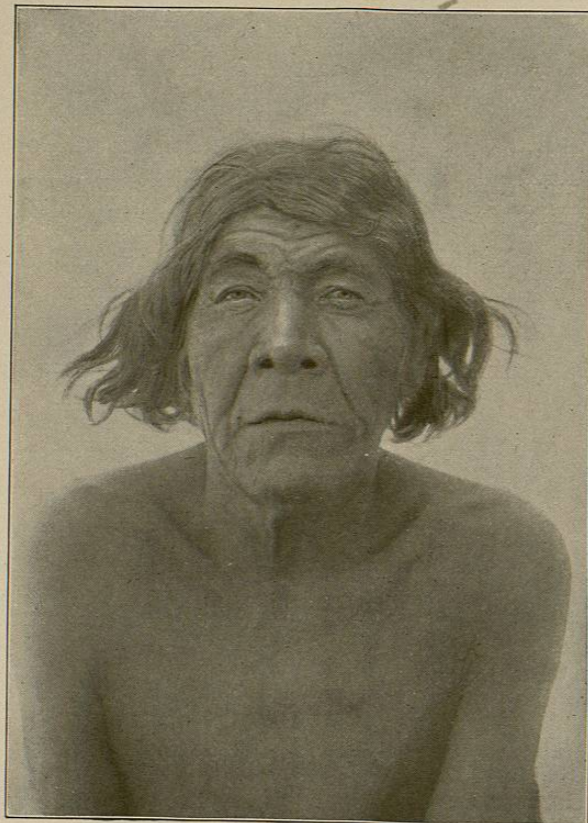
es buscar la causa de la enfermedad, que según su opinión, ha de provenir siempre ó del aire ó de brujería. De la primera clase de enfermedad no muere nadie, aunque los miembros atacados sean el corazón, el hígado ó la cabeza; pero los otros males son muy serios. Los hechiceros pueden introducir culebras en las piernas de algún desgraciado ó meterle en el cuerpo cientopíés, sapos, gusanos, alacranes y aun osos pequeños, animales que es preciso echar fuera cuanto antes para que no le coman el corazón á la víctima. Así, pues, comienza el curandero por palpar todo el cuerpo del paciente para ver si se le mueve algún animal debajo de la piel. Los males pueden también tener por origen algunas piedrecitas ó una espina de nopal clavada en el cuerpo por brujería.

Cuando se juzga que una persona se halla embrujada, le dice el curandero que abra la boca en el sol para ver si el mal le ha entrado por esa abertura, pues el hechizo penetra de noche por cualquiera de las que tiene el cuerpo, lo que hace necesario examinar igualmente las narices, orejas, etc. Es asimismo de su incumbencia descubrir quién ha causado el daño, pues como puede ver mejor que el común de los hombres, cabe en su facultad el encontrar las huellas del culpable.

Hay quienes con sólo los ojos ó el pensamiento sean capaces de hacer mal á otro, y aun de causarle la muerte en venganza de cualquier desacuerdo ú ofensa. Lo primero que piensa un indio que cae enfermo, es preguntarse: "¿Á quién habré ofendido?; ¿qué cosa me habré tomado indebidamente ó qué habré conservado para mí en vez de darlo?" El curandero le dirá que se acuerde de la persona á quien haya negado de comer, y el enfermo y su mujer van de casa en casa preguntando: "¿Eres tú á quien no he dado de comer? Alguien me ha enfermado y quiero que me sane de nuevo." Si logra encontrar al ofendido, todo queda arreglado, y recobra la salud.



Puede hallar el doctor que el corazón del enfermo se le ha cambiado al lugar afectado, y prescribirle una liberal libación de tesgüino para que se le vuelva á su sitio ordinario; pero, por lo general, los casos exigen que ponga en ejercicio su habilidad, y tiene que recurrir á procedi-



El curandero Rubio.

mientos mágicos más directos y poderosos. Es enfermedad muy común una cuya causa se atribuye á gusanos que hay que extraer por medio de un tubo de succión, consistente en un canuto como de tres pulgadas, que el médico coloca sobre el punto adolorido, y después de chupar vigorosamente por espacio de un minuto ó más, se escupe en la mano

ó en una hoja de maíz los gusanos que asegura sacar. Nunca tuve oportunidad de examinar de cerca las cositas blancas que escupía, pero me parecían pedacitos de cuero que secretamente se pusiera en la boca y se hincharan con la saliva. Sea lo que fuere, para el curandero y para todo el pueblo que firmemente le cree, aquellos eran gusanos, esto es, el cuerpo mismo de la enfermedad. La hoja de maíz y su contenido se entierran, se hace en el suelo una cruz y se da al rededor una vuelta ceremonial. Cuando el curandero descansa en los intervalos de las operaciones que practica, coloca su carrizo de succión en una vasija de agua donde hay en maceración algunas yerbas.

Varía, sin embargo, el modo de curar. Cerca de Guachochic es muy común poner al paciente en cuatro pies, bañarlo bien, acostarlo luego en una frazada y pasarlo sobre una fogata en dirección á la cruz y á los cuatro extremos del mundo. Puesto nuevamente en el suelo, se acuesta ó se arrodilla sobre la frazada, y el curandero le empieza á chupar fuertemente con su tubo la parte enferma, mientras los demás individuos se mantienen al rededor armados de palos, prontos á matar á la enfermedad para impedirle que vuelva á perjudicar á otras personas. En el momento debido, el médico se saca de la boca un guijarro, asegurando que es la causa del mal, y mientras los circunstantes dan furiosos golpes al aire, procede aquél á enterrar la piedra ó la arroja al fondo del río. No es raro que extraiga de esa manera hasta ocho pedrezuelas, pero generalmente se conforma con cuatro, recibiendo por las curaciones de esa índole cuatro almudes de maíz.

Una vez que me resfrié un poco, pregunté á un curandero amigo mío si podría sanarme, y al punto me contestó: "Claro que sí." Tomó de una canastita en que tenía su jículi y probablemente varios remedios semejantes, tres piedras negras, diciéndome que le comprase una, la pusiese en agua caliente y con ello me curaría. La propuesta no fue



de mi gusto, pues lo que yo deseaba era que ejecutase conmigo el mágico procedimiento de sacar gusanos de la piel. Avínose á mi antojo, y me dijo que me fuese á mi campamento, á donde pronto me seguiría. Ofrecíle algo de comer cuando llegó, pues mi caso no era de urgencia, pero él, sin aceptar, procedió á curarme. Fue extendida una mantilla de montar para que me arrodillase sobre ella, y en seguida hizo que se retiraran todos mis sirvientes mexicanos é indios mientras me examinaba. Asegurándose de que tenía yo dolor de cabeza, me tomó ésta entre sus terrosas manos, y apretándomela, me aplicó los labios contra la oreja derecha, poniéndose á chupar enérgicamente. La operación era bastante penosa para mis nervios, aunque no insoportable. Escupió en seguida bastante sangre en una tasa que le tenía un muchachito indio, y repitió la operación en mi oreja izquierda con igual resultado. “¿Más dolor?” me preguntó. “Sí,” le dije, “en la mano derecha.” Inmediatamente me aplicó la boca en dicho miembro, mordiéndome sobre el pulso, casi hasta penetrarme la piel, y después de chupar un rato depositó en la tasa el contenido de su boca, encontrándose luego que la sangre estaba mezclada con una considerable cantidad de semillitas vegetales, que habían sido la causa de mi enfermedad. Realmente no sabía yo que fuera tan “semilludo.”

Á menudo se efectúa la curación bailando durante la noche, pues la familia que da la fiesta espera recibir en cambio de sus gastos y molestias, el beneficio de la fuerza mágica, ya se encuentren enfermos ó no. Un hombre, su mujer y su hijo, que habían sido curados contesguino, estaban, sin embargo, una vez pidiendo ansiosamente al médico que los curase más, sintiendo sin duda que necesitaban mayor refuerzo contra el peligro. Decía la mujer: “Ayer me caí al agua, me mojé y me sentí mal, y en la noche soñé que estaba muerta y que tú me curabas.” El doctor le contestó: “Sí, por eso he venido á curarte.”

Y cediendo á suplicantes miradas, los apelmazó nuevamente, cogiéndolos en esa vez de las manos y teniendo en la mano izquierda una crucecita. Díjoles luego: “Ahora ya no tengan miedo; los he curado bien. Ya no anden como tontos ni se vuelvan á mojar.” Y fuéronse los indios muy satisfechos.

Hay cerca de Baqueachic (*baká, bambú*) un médico que disfruta de gran reputación para curar el ganado, ó mejor



El doctor Rubio y su mujer en su gruta.

dicho para conservarlo sano. Cada año hace una excursión por todos los ranchos, y los indios le llevan sus animales para que se los atienda. Abren en el suelo un gran hoyo, en el que encienden fuego para quemar algunas ramas verdes de cedro y un poco de copal, á cuyo humo van exponiendo cada uno de los animales. Como el veterinario obtiene por cada ceremonia una cabeza de ganado, pronto se enriquecerá.